



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA SAN FELICE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO PRIMERO

La reina.

MARÍA Carolina, archiduquesa de Austria, había abandonado á Viena en el mes de Abril de 1768 para ir á Nápoles á desposarse con Fernando IV. La flor imperial entró en su futuro reino en el mes de las flores; habiendo nacido en 1732, contaba apenas diez y seis años; pero, hija querida de María Teresa, tenía un discernimiento y un juicio impropios de su edad. Tan extensa era su instrucción, tan clara su inteligencia, que era letrada y filósofa; verdad es que su amor á la filosofía debía cambiarse en un momento dado en odio contra los que la practicaban.

Carolina era bella en toda la extensión de la palabra, y encantadora cuando quería serlo; el

color rubio dorado de sus cabellos se transparentaba bajo el polvo; en su frente, espaciosa y tersa, no habían impreso los cuidados del trono, del aborrecimiento y de la venganza las arrugas que después la surcaron; la transparencia y el azul de sus ojos rivalizaban con el azul y la transparencia del cielo bajo el cual iba á reinar; su nariz recta y su barba ligeramente acentuada, signo de voluntad absoluta, prestaban á su fisonomía las líneas del perfil griego; su rostro era ovalado, sus labios húmedos y de color de grana, sus dientes blancos como el más blanco marfil; por último, un seno y unos hombros de mármol, dignos de las más hermosas estatuas encontradas en Pompeya y en Herculano, ó traídas á Nápoles del museo de Farnesio, completaban aquel espléndido conjunto. Ya hemos visto en el capítulo quinto del tomo primero los restos que, treinta años después, le quedaban de aquella belleza.

Carolina hablaba correctamente cuatro idiomas: el alemán, su lengua nativa, el francés, el español y el italiano: pero tenía un pequeño defecto de pronunciación (sobre todo cuando la exaltaba algún sentimiento) muy parecido al de una persona que hablase con una china en la boca; sin embargo, aquel ligero defecto desaparecía ante la expresión

y viveza de sus ojos y la claridad de sus pensamientos.

Altiva y orgullosa, cual convenía á una hija de María Teresa, amaba el lujo, la grandeza, la dominación y el poderío. En cuanto á las demás pasiones que luego se posesionaron de su corazón, dormitaban entonces bajo el virginal capullo de la desposada de diez y seis años.

Carolina llegó á aquel país desconocido, país donde maduran los limones,—como dice el poeta germano,—con sus hermosos sueños de poesía alemana: iba á habitar la comarca venturosa, la *Campania felice*, donde nació el Tasso, donde murió Virgilio. De corazón ardiente y de imaginación poética, se prometía coger con una mano el laurel que crece en Pausilipo sobre la tumba del poeta de Augusto y con la otra el que en Sorrento da sombra á la cuna del cantor de Godofredo. El esposo que le habfan destinado tenía diez años; siendo joven y de augusta raza, sin duda era gallardo, hermoso y valiente. ¿Sería Eurialo ó Tancredo, Niso ó Renuad? Por su parte, ella estaba dispuesta á convertirse en Camila ó en Herminia, en Clorinda ó en Dido.

Pero en vez de su poético ensueño, en vez de la creación de su juvenil fantasía, encontró al hombre

que ya conocemos, con su enorme nariz, tan enorme como sus pies y sus manos, sus modales de *lazzaroni* y su dialecto de marinero.

La primera entrevista tuvo lugar el 12 de Mayo en Portella, bajo un pabellón de seda recamada de oro; acompañaba á la princesa su hermano Leopoldo, el cual debía entregarla al rey. Leopoldo II, así como su hermano José II, se había educado en las máximas filosóficas; deseaba introducir en sus Estados reformas saludables, y, en efecto, la Toscana recuerda que entre otras medidas humanitarias quedó bajo su reinado suprimida la pena de muerte.

Así como Tanucci era el tutor del rey, Leopoldo era el padrino de su hermana. Á la primera mirada que cambiaron la joven reina y el viejo ministro, experimentaron un sentimiento de mutua repulsión. Carolina adivinó en él la ambiciosa mediana que, manteniendo á su esposo en su nativa ignorancia, le había quitado todos los medios de llegar á ser, no ya un gran rey, sino un monarca ordinario. Si hubiera reconocido en su esposo un genio superior al suyo, una inteligencia de primer orden, quizá le hubiese admirado, quizá hubiese sido entonces reina sumisa y esposa fiel; pero no sucedió así, al contrario, reconoció la inferioridad

de su esposo, y de igual manera que su madre había dicho á los Húngaros: *Yo soy el rey María Teresa*, ella dijo á los Napolitanos: *Yo soy el rey María Carolina*.

Pero esto no le convenía á Tanucci, el cual no quería ni rey ni reina, sino ser primer ministro.

Por desgracia, entre las cláusulas del contrato de matrimonio se había deslizado un artículo sin que Tanucci, que no conocía aún á la archiduquesa, le diese grande importancia: según el susodicho artículo, María Carolina adquiría el derecho de asistir al consejo de Estado desde el momento en que diese á su esposo un heredero de la corona.

Esta era una especie de ventana que la corte de Austria abría sobre Nápoles. La influencia que bajo los reinados de Felipe II y Fernando VII había venido de Francia, venía naturalmente de Madrid desde que había subido al trono español el rey Carlos III.

Tanucci comprendió que por aquella ventana abierta á María Carolina entraría la influencia austriaca.

Verdad es que no habiendo dado á luz su primer hijo sino cinco años después de su matrimonio, María Carolina no disfrutó de aquel privilegio hasta el año de 1774.

Mientras, obstinándose en conservar sus ilusiones de niña, se propuso completar la educación de su marido, cosa que le parecía tanto más fácil, cuanto que su ciencia había llenado á Fernando de asombro. La primera vez que oyó hablar á Carolina con Tanucci y con algunas pocas personas instruidas de la corte, se quedó estupefacto y exclamó dándose un golpe en la frente :

— ¡ La reina es una sabia !

Pero después, cuando vió á dónde la conducía aquella ciencia, cuando vió que no la servía sino para alejarla del camino que él hubiera querido hacerla seguir, á las palabras *la reina es una sabia!* añadía estas otras : « ¡ y sin embargo, hace más disparates que yo que no soy sino un pollino ! »

Mas no por eso dejó de empezar á sufrir la influencia de aquel espíritu superior, ni de someterse á las lecciones que ella le propuso : como antes hemos dicho, le enseñó literalmente á leer y á escribir ; pero lo que no pudo enseñarle fueron esas maneras elegantes de las cortes septentrionales ; ese cuidado de sí mismo tan raro en los países cálidos donde el agua debería ser, no sólo una necesidad, sino también un placer ; esa femenina simpatía por las flores y por los perfumes que la química les roba para atender á las exigencias del tocador ;

lo que, en fin, no pudo enseñarle fué ese dulce y delicioso conversar, cuya armonía parece un término medio entre el murmurio de los arroyos y el canto de las curruacas y de los ruiseñores.

La superioridad de Carolina humillaba á Fernando : la rudeza de Fernando repugnaba á Carolina.

Verdad es que aquella superioridad, incontestable á los ojos de su ignorante esposo, menguaba cuando la sometían á su juicio las personas verdaderamente instruidas, las cuales no veían en la continua charla de la reina sino el resultado de esa ciencia superficial que gana en extensión lo que pierde en profundidad. Y en efecto : juzgada con detención, había en ella más palabrería que razonamiento, y sobre todo, una gran dosis de ese pedantismo propio de los príncipes de la casa de Lorena.

La reina tenía con ellos mucha semejanza. En un cuaderno, escrito por ella misma en un carácter de letra muy fino, había anotado para su uso las opiniones de cuantos filósofos han existido desde Pitágoras hasta Juan Jacobo Rousseau ; cuando quería producir efecto sobre algunos hombres, repasaba su manuscrito para intercalar después en la conversación, según las circunstancias, las máximas aprendidas de memoria.

Pero lo gracioso era que, no obstante sus ínfulas de sabia y de *esprit fort*, Carolina participaba de todas las supersticiones populares que agitaban á las clases ínfimas del pueblo napolitano. Citaremos un ejemplo.

Por los años de 1777, esto es, en la época en que vino al mundo aquel mismo príncipe Francisco que hemos visto aparecer, y a hombre, sobre la galera capitana y luego como protector del caballero San Felice, había en Nápoles un fraile mínimo de ochenta años de edad que había conseguido crearse una gran reputación de santo gracias á la propaganda de su convento; los frailes, sus cofrades, habían esparcido el rumor de que el solideo que habitualmente gastaba el santo varón, tenía la virtud de facilitar el alumbramiento de las mujeres en cinta. Inútil es decir que todo el mundo se disputaba la milagrosa reliquia y que los frailes no la dejaban salir del convento sino á peso de oro. Las mujeres que se aplicaban el susodicho gorro y tenían un parto feliz, ponían en las nubes su virtud y fortificaban la reputación del bienaventurado solideo; á aquellas que parían difícilmente ó no salían vivas del trance, se las acusaba de no haber tenido fe, y el milagroso solideo no sufría menoscabo en su virtud.

Carolina probó en los últimos días de su embarazo que antes de ser reina y filósofa era mujer: mandó buscar el solideo y prometió dar al convento cien ducados por cada veinticuatro horas que le guardase.

Cinco días le tuvo en su poder con gran contentamiento de los religiosos y no pequeña desesperación de las otras parturientes, las cuales se veían obligadas á correr todos los riesgos del parto sin el auxilio de la santa reliquia.

Ignoramos si el solideo del mínimo hizo que fuese venturoso el parto de la reina; pero, si lo fué, aquella ventura no alcanzó al pueblo de Nápoles. El niño que entonces dió á luz, falso y cobarde como príncipe, fué solapado y cruel como rey.

El pedantismo científico de Carolina y de sus hermanos José y Leopoldo rayaba á tal altura, tales eran sus ínfulas de sabia, que cuando en 1780 cayó malo el duque de Pulla, heredero de la corona, que había nacido en 1773, y cuyo nacimiento abrió á su madre la puerta del consejo de Estado, la reina tomaba parte en todas las consultas de las celebridades médicas que se habían llamado para asistirle; pero no la tomaba con el angustioso afán de una madre, sino con el aplomo de un profesor, tratando de dar su parecer sobre la dolencia y de influir en

el plan curativo que habría de adoptarse para combatirla.

Fernando, que se contentaba con ser padre y que, preciso es hacerle justicia, estaba desconsoladísimo viendo al presunto heredero marchar á una muerte segura, perdió cierto día los estribos al oír á Carolina disertar sobre las causas de la gota, mientras que su hijo agonizaba de las viruelas, y le hizo señas de que se callase; pero como la reina siguiese discutiendo á más y mejor sin hacer caso de los reiterados gestos de su esposo, éste se levantó y cogiéndola de la mano :

—¿ Se te figura, le dijo, que basta con ser reina para saber medicina sin haberla estudiado ? Yo soy un alcornoque, lo sé ; pero por eso me callo y me contento con llorar. Haz como yo, ó vete de aquí.

Sin embargo, la reina quiso continuar la exposición de su teoría ; entonces Fernando la obligó á salir de la habitación más violentamente de lo que ella estaba acostumbrada, y apresuró su salida con un movimiento de pie digno de un *lazzaroni*.

El joven príncipe murió, con gran desconsuelo de su padre ; en cuanto á la reina, se contentó con repetirle, para su consuelo, aquellas palabras de la Esparciata que el pobre rey no había oído jamás y cuyo sublime estoicismo no pudo comprender :

—Cuando le di á luz, sabía que estaba condenado á morir.

Fácilmente se comprende que no pudieran vivir en buena inteligencia dos caracteres tan opuestos ; así, pues, aunque no existiesen entre Fernando y Carolina los mismos motivos de esterilidad que entre Luis XVI y María Antonieta, el principio de su unión, tan prolífica luego, estuvo muy lejos de ser fecundo.

En efecto, el árbol genealógico compuesto por del Pozzo demuestra que el primer fruto del matrimonio de Fernando y Carolina fué la princesa María Teresa, nacida en 1772, la cual llegó á ser archiduquesa en 1790, emperatriz en 1792, y falleció en 1803.

Cuatro años se pasaron sin que de la unión de los dos esposos naciera ningún otro niño ; verdad es que, á partir de aquel momento, el porvenir reparó la lentitud del pasado : trece príncipes ó princesas vinieron á probar que las reconciliaciones de los dos esposos eran casi tan frecuentes como sus querellas, y que si un sentimiento de repulsión instintiva alejó en un principio á Carolina de Fernando, un cálculo político la aproximó después. Joven, hermosa y ardiente como era la reina, desde el instante en que estudió el temperamento de su esposo,

debió comprender que tendría siempre en su mano el medio de conducirlo por donde quisiera. En efecto, Fernando no se había resistido nunca á los caprichos de una querida; con mayor motivo se doblegaría á los de una mujer propia y ¡qué mujer! María Carolina de Austria, una de las más bellas y seductoras que se han conocido.

Lo que en un principio contribuyó particularmente á alejar aquella naturaleza delicada y sensitiva de aquella otra naturaleza ruda, sensual y grosera, fueron los modales lazzaronescos del rey Fernando. Por ejemplo: cada vez que el rey iba á la ópera al teatro de San Carlos, hacía que le sirviesen una cena en el palco. Aquella cena, más substancial que delicada, hubiera quedado incompleta sin el plato nacional de *macaroni*; pero lo que apreciaba el rey no eran precisamente los macarrones, sino la ovación popular que le valía su manera de comerlos. En el engullimiento del consabido plato, los *lazzaroni* tienen una destreza y un manejo particular, debidos al profundo desprecio con que miran el tenedor: Fernando, que ante todas cosas ambicionaba ser el rey de los *lazzaroni*, cogía siempre su plato de la mesa, avanzaba con él hacia la barandilla del palco, y, en medio de los aplausos del público, se ponía á engullir sus canutos

de pasta imitando á Polichinela, al patrono de los comedores de macarrones.

Una noche en que se había entregado en presencia de la reina á este bucólico ejercicio y recogido abundante cosecha de vitores y palmadas, Carolina se avergonzó en términos que, no pudiendo contenerse, hizo señas á sus dos camaristas, la San Marco y la San Clemente, de que la siguiesen, y abandonó el teatro.

Cuando el rey volvió la cabeza, el palco estaba ya vacío.

Y sin embargo, la historia menciona un placer de este género en el cual tomó parte la reina Carolina: verdad es que entonces se abrasaba en el fuego de su primer amor y que en aquella época era tan tímida como impudente fué después. En la mascarada á rostro descubierto que vamos á referir, la reina no veía sino el medio de acercarse á aquel hermoso príncipe Caramanico que tan prematuramente debía morir en Palermo.

El rey experimentaba gran placer en hacer maniobrar un regimiento que él había formado y al cual llamaba sus *Liparotis*, porque los soldados que lo componían eran casi todos de las islas Lípari.

Ya hemos dicho que el príncipe Caramanico

figuraba como capitán en aquel regimiento cuyo coronel era el mismo rey Fernando.

Un día, S. M. dispuso pasar una gran revista á su regimiento privilegiado en la llanura de Pórtici, al pie del Vesubio, de esa eterna amenaza de destrucción y de muerte. Al efecto, se alzaron magníficas tiendas, á las cuales se llevaron del real palacio vinos de todos los países y comestibles de todo género.

En una de aquellas tiendas estaba el rey en traje de hostelero : esto es, vestido con chaqueta y calzón de lienzo blanco, y cubierta la cabeza con el tradicional gorro de algodón ; ceñía su cintura una faja de seda encarnada y, en lugar de la espada que Vatel se enterró en el cuerpo, tenía atravesado en ella un enorme cuchillo de cocina.

Nunca se había visto el rey tan á sus anchas como en aquel traje ; por su gusto, le hubiera conservado toda la vida.

Vestidos como él, y prontos á obedecer las órdenes del regio hostelero y á servir á los oficiales y soldados, había diez ó doce marmitones, ó mejor dicho, mozos de hostería.

Eran los primeros señores de la corte, la aristocracia del Libro de oro napolitano.

En otra tienda estaba María Carolina en traje de

hostelera de ópera cómica ; vestía un zagalejo de seda azul celeste, un casaquín negro, bordado de oro, y un delantal color de cereza con recamos de plata ; un aderezo de coral rosa compuesto de collar, zarcillos y brazaletes adornaba se cuello, sus orejas y sus muñecas ; tenía el seno y los brazos medio desnudos, y sus hermosos cabellos, libres del polvo, esdecir, en todo su lujuriente abundancia y con el brillo de un haz de espigas de oro, estaban presos, como una cascada pronta á romper el dique, en una redecilla lapislázuli.

Una docena de jóvenes señoras de la corte, vestidas de camaristas de teatro, con toda la elegancia y los refinamientos de coquetería propios á poner de relieve las ventajas naturales de cada una de ellas, la servía de escuadrón volante, escuadrón que no tenía nada que envidiar al de la reina Catalina de Médicis.

Pero, ya lo hemos dicho, en medio de aquella mascarada á rostro descubierto, sólo el amor conservaba su máscara. Al circular por entre las mesas, Carolina rozaba su zagalejo, dejando ver una adorable pierna, contra el uniforme de un joven capitán que no tenía ojos sino para mirarla y que recogía y apretaba contra su corazón el ramillete que ella dejaba caer de su pecho mientras le escan-

ciaba el vino. ¡ Ay ! uno de aquellos dos corazones, que tan ardientemente latían entonces al soplo del mismo amor, estaba ya apagado; el otro palpitaba aún, pero sólo encerraba odio y deseos de venganza.

Una comedia semejante á la de Pórtici — á la cual, sin embargo, no se mezcló grosera soldadesca — se representaba diez años después en el Pequeño Trianón entre el rey y la reina de Francia. El rey era el molinero, la reina la molinera, y el mozo del molino, llamábase Dillón ó Coigny, no le iba en zaga, ni en elegancia, ni en gallardía, ni en nobleza, al príncipe Caramanico.

Sea como quiera, lo cierto es que el temperamento ardiente de Fernando se avenía muy mal con los caprichos conyugales de Carolina, y que á menudo iba el rey á ofrecer á otras mujeres aquel amor que la suya despreciaba; pero tal era el ascendiente de la reina y tal la debilidad de Fernando, que en ciertos momentos no podía guardar el secreto de las infidelidades que hacía á su mujer; entonces ésta, no por celos, sino porque una rival no le arrebatase la influencia que ella ambicionaba, fingía un sentimiento que estaba muy lejos de experimentar, y concluía por hacer que desterrasen á la que había conseguido fijar un momento la atención de su esposo. Esto fué lo que le sucedió á la duquesa de

Luciano, cuyo nombre denunció el mismo rey á Carolina, la cual mandó que inmediatamente abandonase la corte. Indignada la duquesa de la debilidad de su real amante, se disfrazó de hombre, acechó su salida de palacio y le colmó de amargas reconvenciones. El rey reconoció su culpa, cayó de rodillas á los pies de la duquesa y le pidió perdón de su falta; pero, no por eso dejó ésta de salir de Nápoles para ir al destierro, el cual no se atrevió el rey á levantar sino al cabo de siete años.

Un motivo diametralmente opuesto valió á la duquesa de Cassano-Serra un castigo semejante. El rey le había hecho una corte asidua sin obtener de ella la menor esperanza. Tan indiscreto en sus reveses como en sus triunfos, confesó un día á la reina la causa de su mal humor; entonces Carolina, para la cual era una reconvención viviente una virtud demasiado sólida, hizo desterrar á la duquesa de Cassano-Serra por su resistencia, de igual modo que había hecho desterrar á la de Luciano por su debilidad.

El rey se resignó, como de costumbre.

Sin embargo, algunas veces perdía también la paciencia.

Un día, no teniendo la reina una favorita con quien pegarla, descargó su ira sobre un favorito;

era el duque de Altavilla, contra el cual creía tener algunos motivos de queja: como en sus arrebatos de cólera dejaba de ser dueña de sí misma y no escatimaba las injurias, aquella vez llegó hasta el extremo de decir al duque que se granjeaba el favor del rey por medio de complacencias indignas de un caballero.

Herido en su dignidad, el duque de Altavilla fué inmediatamente á ver al rey, le contó lo que acababa de pasarle y le pidió permiso para retirarse á sus propiedades. Fernando se puso furioso y pasó acto continuo al cuarto de la reina; pero ésta, en vez de calmar su cólera, le exasperó más con acerbas respuestas. Entonces el rey, olvidándose de su propia corona, y sin que la valiera ser hija de María Teresa, la sacudió tan soberana y tremenda bofetada, que ni de mano de un carretero hubiera sido más sonora ni más fuerte.

La reina se retiró á sus habitaciones, se encerró en ellas, y hubo gritos, lágrimas é imprecaciones; pero esta vez Fernando no cedió; ella fué la que tuvo que dar el primer paso, viéndose obligada á pedir al mismo duque de Altavilla, que la reconciliase con su real esposo.

Ya hemos dicho el efecto que produjo en Fernando la revolución francesa; conocidos los caracteres

tan opuestos de los dos soberanos, fácilmente se comprende cuál sería el que produjo en Carolina.

En Fernando fué un sentimiento egoísta muy parecido al instinto de propia conservación; la suerte de Luis XVI y de María Antonieta, á quienes no conoció, le era bastante indiferente; pero se horrorizaba al pensar que pudiera tener un destino semejante.

En Carolina, fué una cólera terrible por el golpe asestado á sus más caras afecciones. Aquella mujer, que veía morir á su hijo sin que una lágrima velara sus ojos, adoraba á su madre, á sus hermanos, á su hermana, al Austria en fin, á la cual sacrificó eternamente Nápoles. Fué un odio inextinguible, ardiente, contra aquel pueblo que acababa de abrir una mortal herida en su orgullo real, no sólo con la muerte de los suyos, sino con la ignominia de aquella muerte; contra aquel detestado pueblo francés que no sólo se atrevía á tratar así á los reyes, sino también á la monarquía. Y los labios de aquella mujer pronunciaron entonces un juramento de venganza contra la Francia, juramento no menos implacable que el que los labios del joven Aníbal pronunciaron contra Roma.

Al saber sucesivamente, en un período de ocho meses, las dos terribles noticias de la ejecución de

Luis XVI y de María Antonieta, Carolina llegó casi á volverse loca de rabia. Las diferentes impresiones de terror y de cólera que agitaban su ánimo habían desfigurado su fisonomía y roto el hilo de sus ideas; por todas partes creía distinguir un Mirabeau, un Dantón, un Robespierre, y no se le podía hablar de la fidelidad y amor de sus súbditos sin exponerse á caer en desgracia. Su odio por la Francia le hacía ver en sus propios Estados un partido republicano que entonces no existía, pero que sus persecuciones crearon al fin; llamaba jacobinos á todos los hombres cuya distinción y valor personal se elevaban un poco sobre el nivel ordinario, á todos los imprudentes que se atrevían á recorrer las columnas de una gaceta parisiense, á todos los pisaverdes que imitaban las modas francesas, y en particular á los que llevaban el pelo corto; simples aspiraciones de progreso eran á sus ojos crímenes dignos de ser expiados por la muerte ó por la prisión perpetua. Después que sus sospechas fueron á buscar, en el *Mezzo-Ceto*, á Manuel de Deo, á Vitagliano y á Cagliani, tres adolescentes cuya edad reunida apenas sumaba sesenta y cinco años, para arrojarlos cruelmente bajo el hacha del verdugo, entraron en prisión los Pagano, los Conforti, los Cirillo; con la diferencia de que, aquella primera vez, las sospe-

chas de la reina se elevaron hasta la más alta aristocracia: un Colona, un Caracciolo, un Riario y aquel mismo conde de Ruvo que hemos visto figurar con Cirillo entre los conjurados del palacio de la reina Juana fueron presos sin ningún motivo, conducidos á los colabozos del castillo de San Telmo y recomendados al carcelero como los más peligrosos conspiradores.

Á partir de aquel momento, el rey y reina, tan desacordes casi siempre en todas sus cosas, tuvieron un punto de común acuerdo: su odio á los franceses. Sin embargo, entre ellos había la diferencia de que el odio del rey era indolente y se hubiera contentado con mirar lejos de sí á sus enemigos, mientras que el odio de Carolina era activo y profundo y necesitaba para satisfacerse, no su alejamiento, sino su total exterminio.

Desde hace mucho tiempo, la enérgica Carolina había sometido á su voluntad al apático Fernando; éste, según hemos dicho, se rebelaba algunas veces cuando su buen sentido natural le indicaba que pretendían desviarle del camino recto; pero, á fuerza de maña, paciencia y obstinación, la reina conseguía siempre el objeto que ambicionaba.

Valiéndose de este sistema fué como consiguió, casi á escondidas de su marido, y en la esperanza

de entrar en alguna coalición contra la Francia, y hasta de hacerle una guerra personal, levantar y organizar, con el auxilio del ministro Actón, un ejército de 70, 000 hombres, construir una flota de cien naves de todos tamaños, reunir un material considerable y tomar, en fin, todas las disposiciones para que la guerra pudiese comenzar á la primera orden del rey.

Carolina hizo más: conociendo la ineptitud de los generales napolitanos, los cuales no habían mandado en su vida un ejército en campaña, y comprendiendo la poquisima fe que tendrían en ellos las tropas en cuanto echasen de ver su incapacidad, pidió á su sobrino el emperador de Austria, que le cediese uno de sus generales, el barón Mack, el cual pasaba por el primer estratégico de la época, sin embargo de que hasta entonces no se había distinguido más que por sus derrotas; el emperador se apresuró á concedérsele, se esperaba de un momento á otro la llegada de aquel importante personaje, llegada que el rey ignoraba completamente y de la cual no tenían conocimiento sino la reina y el favorito.

Durante aquellos preparativos fué cuando Actón, sintiéndose dueño de la situación y no conociendo más que un solo hombre que pudiera derribarle

y ocupar su puesto, se decidió á desembarazarse de aquel hombre, cuya ausencia no le tranquilizaba.

La triple noticia de la enfermedad, de la agonía y de la muerte del príncipe Caramanico, virrey de Sicilia, se supo en Nápoles con pocos días de intervalo.

Tal vez en ningún corazón produjo aquella muerte sacudimiento más terrible que en el de Carolina; la ausencia había hecho crecer en él aquel amor, el primero de todos, cuyo fuego podía únicamente apagar el hielo de la tumba. Ningunas de las fibras de que en otro tiempo se había apoderado escaparon á aquel doloroso desgarramiento; y su angustia fué tanto más grande, cuanto mayor era el esfuerzo que tenía que hacer para ocultarla á las miradas de los curiosos. La reina fingió una indisposición, se encerró en la más apartada de sus habitaciones, y allí, revolcándose en la alfombra, enterrando en sus cabellos sus crispadas manos, con el rostro bañado en lágrimas y con rugidos de pantera herida, blasfemó del cielo, maldijo al rey, maldijo su corona, maldijo á aquel amante que no amaba y que encerraba en el sepulcro á su único amor, se maldijo á sí misma, y, sobre todo, maldijo á aquel pueblo que cantaba por las calles la muerte del príncipe, acusándola de haber hecho este sacri-

ficio humano á su cómplice y favorito; por último, prometió derramar sobre la Francia y sobre los franceses toda la hiel que rebosaba de su corazón.

Una sola persona, confidente de todos sus secretos, y á la cual iba á asociar á su odio, pudo penetrar hasta ella durante aquella prolongada agonía: su favorita Emma Lyonna.

Los dos años transcurridos desde la muerte del príncipe, muerte que fué para la reina el más profundo pesar de toda su vida, habían echado sobre su rostro la máscara de la impasibilidad: pero no habían cicatrizado las heridas de su corazón.

Verdad es que el alejamiento de Bonaparte, secuestrado en Egipto, la llegada á Nápoles del vencedor de Abukir con toda su escuadra, y la certidumbre de que por medio de aquella Circe llamada Emma Lyonna conseguiría hacer de Nelson el aliado de su odio y el cómplice de su venganza, le habían dado una de esas amargas alegrías que sólo experimentan los corazones cubiertos de luto, las almas desesperadas.

En semejante disposición de ánimo, la escena ocurrida la víspera en el palacio de la embajada de Inglaterra, esto es, las amenazas del embajador francés y su declaración de guerra, lejos de haber asustado á nuestra implacable enemiga, resonaron

en su oído como la vibración del reloj que da la hora tan impacientemente y por tan largo tiempo esperada.

No le sucedió lo mismo al rey, sobre el cual produjo désagradable impresión aquella escena, haciéndole pasar malísima noche.

Así es que, á fin de distraerse, encargó al entrar en su cuarto que para el día siguiente le preparasen en los bosques de Asproni una cacería de jabalí.